

inmóvil, el ser o el estar, el espacio. Y *Max Scheler* separa de la intuición intelectual, una intuición emocional de los valores-esencia irracional. En otro tiempo, desde los griegos, las ideas y las esencias—objeto de estudio de la fenomenología; que se presentan en el dominio neutro de lo vivido, estructuras universales, irreductibles e irrales que no cambian ni con el punto de vista del observador, ni con el tiempo—se identificaban rigurosamente con lo inteligible, la lógica, la razón. Y hay esencias como el bien y el mal, lo bello y lo feo, que no tienen un sentido racional, una significación, sino que son esencias alógicas, irracionales, a que *Max Scheler* llama «valores», sentimientos puros, llenos de intencionalidad emocional, independientes de los fines. Mientras que unos filósofos (*Descartes, Leibnitz, Spinoza*) habían supuesto la vida emocional como una etapa confusa que la inteligencia debía aclarar, y otros—desde *Kant*—habían considerado lo emocional desligado de lo intelectual, pero ciego, sin carácter intencional, *Scheler* concluye, frente a las dos posturas, que la emoción, el sentimiento, los valores, son extraintelectuales, pero tienen una intencionalidad rigurosamente emocional. Lo había dicho *Pascal*: «el corazón tiene razones que la razón no puede comprender» y también *Minkowski* cuando reprocha a *Freud* que utilice las luces de la razón para adentrarse en los irracionales vericuetos del subconsciente. Cuando *Scheler* habla de los actos de preferencia y repugnancia, de amor y de odio como fundamentos—con los sentimientos puros—de su teoría de los valores, separa rigurosamente los valores y lo irracional de toda labor intelectual, pues—como todo el mundo sabe—el amor y el odio no se deciden

